

Una pequeña nota autobiográfica, y literaria *

© Antonio Fernández Díez

*(El alma vuelve al cuerpo,
Se dirige a los ojos
Y choca.) -¡Luz! Me invade
Todo mi ser. ¡Asombro!
Jorge Guillén*

Cuando en un lúcido instante crees haber descubierto las claves de un libro, se desprende el pensamiento que nos lleva a anhelar, desordenadamente, la ensombrecida obra de un autor que promete desvelarnos nuevos misterios con los que convivimos sin ser capaces aún de reconocer. Surge, como la ola que se aprecia en el horizonte y que resalta sobre las demás por su tamaño elevado, la necesidad de emprender el estudio de los literatos adentrándonos en las tareas de los clásicos o de aquellos que nos aseguran de diversas maneras que existe un camino bien delimitado, con más o menos importantes desniveles, del cual no conviene separarse hasta que nos encontremos preparados para observar con firmeza las luces que, apostadas en los lados, reflejan con engaños tonos disparatados y disimulados que interrumpirían nuestra sólida tarea al desviarnos la mirada a otro lado. Una vez desprendidos del bastón imprescindible que guiara los pasos de nuestra ceguera, podremos bañarnos en casi cualquier clase de aguas y flotar con cierta soltura y desnudez gracias al recuerdo que conservamos de quienes nos advirtieron hace tiempo de que siempre se halla oculto, atento y al acecho un mundo en el que se respira mejor que el nuestro y que se mueve bajo las superficiales y dulces olas que sólo transmiten un malogrado anhelo. ¿Acaso conviene fundar una patria sobre nuestros libros? ¿Pero, si es así, no son también el lugar más horrendo y vil del que alguien pueda servirse para experimentar en pro del conocimiento?

Podría decirse, con relativo descanso, que el tiempo es el primero que nos desnuda en sus manos, incluso anticipándose a la maternidad, y el que más duramente nos impele a conseguir cobijo, un cobijo natural y un cobijo, mucho más maduro, o por lo menos con anhelos mayores de madurez, fundado en un resguardo blindado y hermético que protegería nuestro espíritu tanto en esta vida como en otra que nos se ha dada con suerte vivir. El libro no sólo sería entonces un mundo de papel, como resumiría Pirandello, sino un resguardo del tiempo o una agrietada cabaña, en donde el tiempo traspasaría a veces como los rayos del sol, que aminoraría las horas, los segundos o los instantes o la realidad y que detendría al presente refiriéndose en todos sus pensamientos al pasado, con su benevolencia por dejarse recordar, y al porvenir, por surgir como el lugar ideal y apropiado en donde fortalecer, y darle prioridad a, nuestros conocimientos, mientras se funden consecuentemente con la esperanza de aspirar siempre a más y de reconocer cada día más la tierra con una mirada en permanente transformación que se volvería un tanto pausada, penetrante e inteligente, ahora sí, con el tiempo.

* Un breve recorrido por las ejemplares enseñanzas que, aunque sean más escasas que abundantes y más reveladoras que oportunas, siempre han obrado en mí con extraordinaria consecuencia y con expectante sensibilidad, favoreciéndome enormemente en mi consolidada madurez y proporcionándome el aliento que hace que el zorro se convierta en un portentoso y cruel perseguidor del lobo al equipararse a él en su persecución y al relentecer su astucia en ansias de su impulso devorador.

Las influencias que deben levantarnos del desdén intrínseco al hombre son positivas y han de obrar sin el conocimiento de permitir un engaño, pero con el conocimiento de satisfacernos en nuestra lucha vital y de avistar la tierra que otros vieron y que prometieron que verían los demás si se dignaban a seguir sus mismos pasos. Mis consideraciones son, sin duda, intempestivas. Corroboro con fiabilidad la posibilidad de aspirar a contemplar, y de sentir en determinados momentos su aproximación, desde la más álgida cumbre la planicie, serpenteante en su día y, ahora, en cambio, absolutamente horizontal, en su forma y en su contenido. Como una vida trazada sobre los sótanos de un laberinto por el que hay que discurrir desde el nacimiento y con el que hay que combatir escrupulosamente a fin de posar la mirada sobre él y descubrir su verdadera excelencia, así habríamos de cuestionar todo cuanto pueda ser cuestionable y así habríamos de investigar para llegar a proferir palabras de advenimiento y de complicidad, mientras profetizáramos que el camino hacia la cima fue devastador y escarpado, aunque, al habitar en ella, se nos mostrara todo a la misma altura y con merecida serenidad. Conservemos un estilo que, incluso sin plasmarlo en tinta, incremente favorablemente las ideas y las envuelva en un paño eterno de madurez.

Me he ofrecido a Shakespeare y le he dicho: “Haga usted conmigo lo que quiera”, y me ha enseñado vehementemente y de improviso los derroteros más insospechados del espíritu, cuya sangre ha servido tanto para brindar en honor de hazañas inigualables como para disimular y extender los pecados más violentos e infames. Los límites se han desprendido de las formas y la imaginación se ha convertido en el grito de guerra de la humanidad, por lo que no quedan ya fronteras en pie y todos se mantienen en guardia a la espera de que los acontecimientos les apabullen. Sin embargo, excepcionalmente, como un tenue eco de la conciencia más común, nunca he dejado de escuchar al dotado y ávido instinto de un Julio Verne que, incluso transpuesto y postrado entre rejas, se alza sobre sí mismo con licencia para navegar por lugares recónditos en donde la templanza y la justicia operan como el timón de la embarcación de su imaginación. Abismos y terrenos de benevolencia es lo menos que se evidencia entre las hojas, tal vez, de dos almas revueltas y facciosas, si bien reveladoras y revolucionarias en cualquier época.

De uno, el cual nos ha apasionado con despropósitos tan enormes y paradójicos, además de incomprensibles, que el sentido que el espíritu le proporciona a la vida, la pureza y obstinación más bella, se ha tornado inconquistable si no pasamos antes por las asperezas y magnificencias que cualquier corazón pueda sentir por su propio peso, y no por el aliento de las inmundicias de los demás. De otro, concluyo un despertar provocado en el hombre que nos acoge en sus extensos e interminables brazos y que nos agita incitándonos a la imaginación y diciéndonos: “Imagina, imagina, por Dios, imagina y te alzarás con entusiasmo por tus sueños e ideales y nadie podrá negártelo ni probar que no estuvieras allí”. Son el jardín de la infancia y las virtuosas miserias de la edad adulta. Ahora, no por ello prescindo en ningún punto de aquellos que, al encontrarnos absortos y envueltos por una densa capa de frenesí, nos recuerdan de un modo infinitamente más asequible y natural las lindezas y bajezas de la humanidad y la capacidad de adaptación, como ningún otro ser vivo, que posee el hombre, y es aquí donde me agrada sobremedida exponer con un alarido fragoroso, sobre todo para interpelar a las masas a recobrar la razón vital, el estandarte que debiera orientar a los pueblos a fin de comprender la universalidad de su condición humana: *unus subvenit alteri tam quam fratri suo*.

Ellos merecen también un puesto muy especial en el conservadurismo de nuestro corazón y en la anhelada obtención de las alas de nuestra alma. De esta manera, redundaría abiertamente en las lecturas de Hesse, que nos recuerdan que el vínculo más importante del ser humano es la familia, la cual ha de crear un entorno propicio para formar el escenario de nuestra vida y, a la vez, el medio fundamental en donde desarrollarnos como personas. No tendré palabras de oprobio para Hermann, ni aquí ni nunca, porque con su deliberada recurrencia insiste y nos increpa sobre los valores que habríamos de considerar cada día al despertarnos de un sueño tan real como podría ser la vida y que no hemos de destejer, pese a que nos duela retener el deseo de arbitrariedad y placentero libertinaje, sino pagando un precio muy caro, demasiado caro. Tal vez la vida. Hermann es la expresión viva del alma. Es la carta que todos querríamos recibir algún día y que podría ser leída como la sinceridad más desinteresada de un hombre cuyas pertenencias no son más que la vida y el amor y el insistente anhelo por evitar un naufragio a destiempo. Es la descategorización de los sentimientos y de la razón como productos en oferta que se afligen, en un mercado de vanagloria, por sostener eternamente no una, sino la verdad absoluta e inexcusable, el fin que han desvalorizado las civilizaciones al convertirlo en un medio para dominar a un mundo sediento de felicidad, ya cansado de ironía y de sonrisas amargas involucradas en cadenas de penas e inquietudes que comenzaron como un desvelo sin contenido, pero de inmenso continente, un continente que hasta el fin de los tiempos aplacará a los horizontes de esperanza.

Quizás sea éste el momento oportuno para decir que incluso el ser más fatuo es capaz de poseer cuanto bien desee, siempre que lo persiga con el trabajo de sus propias manos resueltas en un ajuste de cuentas con el pensamiento, cuya habilidad consiste en demostrar que, sin resultados, los valores, sean cuales sean, no adquieren sentido ni se yerguen inteligibles o admisibles en fortuna de nuestro cumplidos lamentos y de nuestras reyertas con el tiempo, las cuales se fraguan en la dolencia de la imposibilidad de soslayar y solazar el desconsuelo y por las cuales todos, en una algarabía unívoca, nos pronunciamos hasta compungirnos y hasta sucumbir por el deber que nos mantiene con un solo cuerpo y un solo espíritu. Si queremos homenajear la desdichada perseverancia por exhumar la justicia y la prudencia evocando las palabras de Hamlet cuando, ya exhausto por su terrible tristeza, sucumbió a la dulzura y a la melifluidad de la vida y prorrumpió en sollozos clamando al cielo y poniendo por testigo sus quebradas fuerzas por las más violentas experiencias, habríamos de proferir: “Cuan fatigado ya de todo juzgo molestos, vanos e insípidos los placeres de la vida”, y así morir en nuestra inapetencia. No obstante, tras la monotonía, renace, brillante, un espasmo caluroso que hace fluir de nuevo el sentido de la espontaneidad o de la riqueza apreciable en los ojos de otra persona que contemplamos pensando en lo qué contendrá en el fondo de sus pieles o sus costras e intentando escudriñar con certeza la impresión, posiblemente más honda, que nos causa su mirada. Sólo unos pocos están dotados para, al mirar todo un cuerpo, observar únicamente el alma, en su más impasible expresión, sin nada alrededor. Quienes no se amedrenten en este trance obsoleto en vida, habrían de incurrir en dejar que las hojas se abran, pulidas y límpidas, ante sus manos, para dar testimonio de la comprometida reflexión de la vida de un hombre excelente que podría pasar por un ejemplar a imitar. Los que no vean la utilidad de la razón que se hace experiencia, habrían de desarrollarse y madurar a partir de la lectura atenta de los pensamientos de sus precursores y, por favor, no atreverse nunca a pensar, porque complicarían mucho los tiempos y sus normas. Así, quedan otros todavía que reprobarían a quienes mantuvieran las dos actitudes precedentes y que se sumergirían en una melodiosa

melancolía con el irrefrenable ánimo de crear de la originalidad y de formar parte con sus obras y caridades de los valores que educan a los hombres y que todos, sean de la clase que sean, deberíamos seguir. En este punto, ni que decir queda de los inútiles, como los denomina Maquiavelo, que no aportan nada de ninguna manera. Talento -para mí virtud- o definición o genialidad o...a saber...necedad atrofiada y enemistada con su educación, la vacuidad.

Las palabras hablan en nuestra presencia con más o menos soltura o facilidad o certeza, aunque en nuestras manos, cuando asienten y disienten como en un juego de compenetración y solidaridad, adoptan medidas especiales y adquieren un valor peculiar que denota la situación de la soledad de un espíritu, probablemente inquieto, dirigiéndose -si realmente demuestra serlo- a toda una época de espíritus o lectores que deberían estimar el esfuerzo de verter miles y miles de rasgaduras de sangre sobre corazones desconocidos, esto es, un hecho en su esencia susceptible de rápida aniquilación y de crueldad, sin escrúpulos y sin vacilación, perpetuamente perpetrada a empujones ... Y, en respuesta, después de argüir estos trances contenidos en vela que ponderan las acciones, puedo tranquilizarme, en reposada medida, con una razón, ya frondosa de ideas útiles, transformada al toparse con la chispa perturbadora de la fe. Una inestabilidad al final estabilizada, pero a ratos aún desestabilizadora. Mi razón ha sido siempre más que fecunda, pues pensaba para subsistir, por necesidad, pero no publicaba mis resolutas ideas con la acción, la cual todavía continúa asombrándome por su imprescindible rectitud, que no deja de ser un final extraordinariamente comprometido. Todo mi ser precisa definir enseguida mi exuberante y alegre deseo por estimular y comprobar las fuerzas que me impelen a una actividad incesante con las letras, aunque ambiguas, quizás lo más definido que pueda hallar el hombre, y que me sobreponen al caos desbordante del pésimo y oneroso cuidado del cuerpo, el mayor hongo que la naturaleza ha creado y que, en mal estado, enerva incluso los espíritus más arraigados a la verdad y más propensos a aceptar todas las fatigas de la vida alzándose sobre un solo pie. Las horas transcurren para mí como un libro siempre entreabierto que, bajo una lóbrega y maleable encuadernación elástica, se ocupa de sí mismo dentro y fuera de su mundo, una consecuencia espiritual. Las dolencias se han vuelto sillas de pensamiento y los pesares del ánimo miembros inquietos de expresión a causa del febril sosiego del alma.

Así, todas las aptitudes transcurren entre letras y todas son renuentes para el ser humano e incompatibles para el animal. Es precisa una elección inmediata, pero, ¿en qué lado nos situamos? ¿Nos dejamos caer en la reflexión y aguardamos la llegada de un día próspero y eterno o, acunados por una suerte de ímpetu divino, resolvemos nuestras acciones como mecanismos genuinos y ejemplares y ausentes de procedencia? ¿Es necesario, y lo merece, idéntico esfuerzo obrando desde ambas partes, si es que lo son?

¡Luz!

Mar de terciopelo en una mano,
Por una esperanza vana,
Masacrado, de furor humano,
Tras de sí, ojeroso en la ventana.

En una escafandra, hermética,
Asomado, pálido, por el reflejo
Del sol, ya ahuyentado, se halla,
En penuria, como en otra mano, helado.

Sin presentarse, se dominan, dolidos,
Ariscos, en soledad corazonada,
Danzando, ¡Pobre alegría! con libres suspiros,
Al son de la melodía, por siempre, esperada.

¡Resplandece!, pero es la noche,
Intempestiva, pregonera en vísperas
De un sediente día dulce.